

# Ecuador y Perú: un año después de la Paz

Oswaldo Hurtado\*

- \* Ex Presidente de la República del Ecuador, miembro de varios organismos no gubernamentales latinoamericanos y autor de libros y publicaciones sobre la problemática de Ecuador y América Latina.

EL AÑO PASADO, recibí la visita de Félix Denegri, querido amigo peruano que dos días después nos dejó para siempre en un hospital quiteño, luego de recibir una transfusión de sangre ecuatoriana. Junto con Alfredo Pareja, en Lima y en Quito, nos reunimos varias ocasiones (las conversaciones de ellos habían comenzado años antes) para compartir nuestra común preocupación de encontrar caminos que permitieran poner fin al conflicto territorial ecuatoriano-peruano.

Los dos historiadores pensaban que podían contribuir a tan noble propósito, si mediante sus investigaciones desentrañaban la verdad histórica y establecían hechos ciertos, que permitieran a Ecuador y Perú desvanecer los mitos que les había conducido a tener versiones distintas y contradictorias sobre sus relaciones limítrofes. Para decirlo en palabras de Félix Denegri, "las largas disputas sobre nuestras fronteras, nos llevaron, a unos y a otros, a buscar en muchos casos abogadilmente las verdades que creíamos convenientes a nuestra causa, tratando de evitar meticulosamente las

que suponíamos inconvenientes". Desafortunadamente, la muerte de ambos, en circunstancias similares, les impidió concluir una obra que debe continuar la nueva generación de historiadores peruanos y ecuatorianos.

En este acto, en el que inauguramos el Seminario Internacional de CORDES correspondiente a 1999, un año después de la firma de los Acuerdos de Brasilia, quisiera iniciar mi intervención rindiendo un cálido homenaje a los dos precursores de la paz ecuatoriano-peruana, los historiadores Alfredo Pareja y Félix Denegri, quienes, además, fueron queridos amigos de CORDES y de muchos de los que nos encontramos en esta sala.

Volvamos al principio. Mi conversación con Félix Denegri concluyó con un autorreproche: "¡Cómo me arrepiento de no haber venido a Quito cuando usted me invitó al seminario de CORDES!", me dijo.

Se refería a un proyecto de CORDES y del Centro Peruano de Estudios Internacionales (CEPEI), cuyo propósito era reunir en Quito y en Lima a académicos ecuatorianos y peruanos para estudiar las relaciones entre los dos países -históricas, culturales, políticas, económicas- con exclusión del problema territorial que tradicionalmente había concentrado el interés de políticos y diplomáticos. A ambos lados de la frontera, mucho se había escrito sobre lo que nos dividía y poco acerca de lo que podía unirnos, motivo por el

cual las dos instituciones consideramos que había llegado la hora de plantear las relaciones entre Ecuador y Perú, en función de sus intereses recíprocos, a fin de que sus pueblos advirtieran los beneficios que les acarrearía una constructiva relación económica y política. También pensé que encontrándose bloqueada la discusión sobre el problema territorial, en razón de posiciones inflexibles asumidas por las partes, era necesario encontrar nuevos temas y campos que abrieran el camino a un diálogo bilateral.

Cuando consulté esta iniciativa con líderes de opinión del Ecuador y la presenté a consideración de la Junta Directiva de CORDES, fueron generales los criterios adversos. A todos les pareció absurdo, peligroso y hasta temerario, que una institución presidida por un ex Presidente de la República, realizara un evento académico que omitiera el planteamiento de las reivindicaciones territoriales, tan caras para los ecuatorianos.

No les faltaba razón a quienes pensaron de este modo. Los ecuatorianos que habían planteado soluciones realistas y constructivas al problema territorial, no fueron comprendidos por la opinión pública. Conviene recordar lo que sucedió con el canciller Julio Tobar Donoso, que en nombre del Ecuador firmó el Protocolo de Río de Janeiro, en quien los ecuatorianos descargamos las ancestrales culpas que nos llevaron a la derrota militar de 1941 y diplomática de 1942.

En 1981, poco después de asumir la Presidencia de la República, invité a los líderes de opinión del Ecuador a que arribáramos a un consenso nacional que hiciera posible la definición de una posición única sobre el problema territorial, a fin de que mi gobierno y los que se sucedieran en el futuro contaran con una Política de Estado que les permitiera solucionar un conflicto que tantos y tan graves daños le había ocasionado al pueblo ecuatoriano. Algo a todas luces tan necesario, dadas las diversas posiciones asumidas por el país, recibió una intransigente respuesta. Si bien importantes ciudadanos - el presidente Galo Plaza, el líder socialista Carlos Cueva Tamariz, Monseñor Alfredo Luna y el periodista Alejandro Carrión- la apoyaron públicamente, la tempestad política que desataron los opositores me obligó a retirarla. Alguno de ellos, airadamente, afirmó que el Ecuador tenía una sola tesis, la nulidad del Protocolo de Río de Janeiro, con la que no fue consecuente cuando asumió la Presidencia de la República, unos años después.

A pesar de tan significativos riesgos, CORDES decidió llevar adelante su innovadora iniciativa, que no pudo concretarse en 1990 como fue programada, debido a fricciones fronterizas que otra vez enfrentaron a Ecuador y Perú. Estas, afortunadamente, desencadenaron una dinámica positiva que nos llevaría a firmar la paz ocho años después. Ante el riesgo de un nuevo enfrentamiento militar los presidentes

Rodrigo Borja y Alberto Fujimori iniciaron conversaciones encaminadas a la solución del conflicto territorial. El ambiente de distensión que se creó hizo posible la visita a Quito del Jefe de Estado peruano, acontecimiento sin precedentes en una historia de ciento setenta años de desencuentros; lo cual creó condiciones para que, finalmente, el seminario de CORDES pudiera realizarse gracias al patrocinio del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Fue inaugurado el 7 de diciembre de 1992 por el presidente Sixto Durán, quien tuvo el acierto de continuar las conversaciones iniciadas por su predecesor.

Cambios tan auspiciosos no fueron suficientes para que desaparecieran las suspicacias que inveteradamente habían perturbado las relaciones ecuatoriano-peruanas. Continuaron pesando en su comportamiento y provocaron la excusa de los expositores peruanos que debían acompañarnos en el seminario de CORDES, en Quito, ausencia que privó al proyecto de uno de sus principales objetivos: a través de la presencia conjunta de ecuatorianos y peruanos, discutiendo sus identidades históricas y culturales y diseñando proyectos sobre su futuro, enviar un mensaje simbólico a los dos lados de la frontera sobre lo mucho que podían ganar, en el caso de que concentraran sus energías en la integración económica y en la cooperación política.

Al menos brevemente conviene recordar lo que se dijo en el seminario de Quito.

Alfredo Pareja, en su ponencia *Dos versiones de una historia común*, consecuente con su decisión de establecer la verdad histórica, en un admirable acto de honestidad intelectual y de valor político, presentó documentos encontrados en sus investigaciones según los cuales la Cédula Real de 1802, impugnada por el Ecuador, efectivamente existió y fue cumplida.

Teodoro Bustamante Ponce, en su ponencia *Tendencias y perspectivas en el área de la seguridad colectiva*, planteó que el conflicto territorial había impedido que Ecuador y Perú otorgaran suficiente atención a temas que comprometerían la seguridad de las dos naciones, asuntos en los que mucho podía hacerse para beneficio mutuo, por ejemplo en medio ambiente, manejo de la biodiversidad, cuidado de la cuenca amazónica, violencia guerrillera y narcotráfico.

Boris Cornejo analizó con amplitud *La integración fronteriza y sus perspectivas* y encontró que la desconfianza existente entre Perú y Ecuador acerca de sus aprestos bélicos, conspiró contra el desarrollo de las zonas de frontera, a pesar de lo cual existían importantes relaciones económicas, particularmente comerciales, las que podían incrementarse especialmente en la región costera, si se alcanzara la paz y

desarrollar proyectos de infraestructura que faciliten los intercambios y el florecimiento de iniciativas.

Germánico Salgado, al estudiar *Las relaciones económicas de comercio, integración y cooperación*, estableció que las corrientes comerciales entre Ecuador y Perú, modestas e inestables pero potencialmente importantes por la complementariedad de los dos países, poseían la virtud de ser relativamente equilibradas en valor y composición, si se excluía el petróleo, por la presencia de una alta proporción de bienes no tradicionales y manufacturados, hecho que alentaría las transformaciones productivas de las dos economías.

Fernando Tinajero, en su análisis sobre el *Sustento cultural de las relaciones entre Ecuador y Perú*, resumió en una figura literaria la identidad existente entre los dos pueblos, al decir que eran "dos hermanos siameses, unidos por la espalda debido a una secular incompreensión (...) que les ha impedido hasta ahora verse cara a cara, aunque su vida esté animada por un solo corazón." Para corregir tal anomalía sugirió campos y acciones en los cuales debía desarrollarse una política de cooperación, a fin de construir una utopía andina que supliera a las que estaban muriendo.

Luis Valencia, luego de estudiar *Las políticas exteriores de Ecuador y Perú*, encontró que habían sido "en general coincidentes y a veces hasta similares" y que su única divergencia se encontraba en materia territorial. Aquella conver-



gencia era natural, pues ambos países se inspiraban en idénticos principios, compartían parecidas realidades y enfrentaban iguales problemas. Señaló la Declaración de Santiago sobre las 200 millas marítimas, que tanta influencia mundial tuvo, como un ejemplo de lo que los dos países podían hacer si sumaban sus fuerzas.

Estas ponencias fueron recogidas en un libro que publicó CORDES bajo el título "Ecuador y Perú vecinos distantes".

En 1993, el CEPEI realizó su seminario en Lima sin la participación de académicos ecuatorianos, por las razones antes señaladas. Sus resultados dieron origen a un libro publicado en 1994 con el título *Relaciones de Ecuador y Perú*, en el que constan trabajos de Juan Miguel Bákula, Franklin Peace, Jorge Morelli, Enrique Obando, Ignacio Basombrío, José Antonio García Belaunde, Luis Abugatas, sobre temas similares a los tratados por los ponentes ecuatorianos en el seminario de Quito.

Relaciones políticas constructivas asumidas por los gobiernos de Ecuador y Perú, el encuentro de las identidades culturales entre los dos pueblos y la identificación de amplios campos para la cooperación binacional -clima de armonía y amistad a mi modo de ver no registrado en ninguna época precedente- a muchos nos llevó a pensar que se encontraba cerca la solución del problema territorial. No fue

así, desafortunadamente. Más bien, en su lugar, vino en 1995 la guerra del Alto Cenepa, que otra vez distanció a ecuatorianos y peruanos, resucitó desconfianzas, fomentó antagonismos y alejó el horizonte de la paz.

CORDES consideró que, desde el ámbito de su actividad, podía aportar al debate que se inició en el país sobre el futuro de las relaciones ecuatoriano-peruanas y a la decisión política que debía tomar nuestro gobierno sobre el camino a seguirse. Con tal propósito encargó a Germánico Salgado, Luis Jácome y Mauricio Pozo preparar un informe sobre la situación y el futuro de las economías de Ecuador y Perú, que fue entregado al Gobierno, Congreso Nacional, Fuerzas Armadas, Cancillería, partidos políticos y líderes de opinión, y luego fue publicado con el título "Ecuador y Perú: economía y desarrollo".

Es sabido que la seguridad de un país está determinada por la situación de su economía. La investigación de CORDES estableció que en 1993 el Producto Interno Bruto del Perú era 2.8 veces superior al del Ecuador y que esta relación podía empeorar, pues mientras nuestro vecino del sur sentaba bases ciertas para su progreso mediante la recuperación de los equilibrios económicos, la realización de reformas estructurales y un dinámico crecimiento, nuestro país se encontraba rezagado en todos estos campos, por su crónica inestabilidad económica y política y el "conflicto perma-

nente y sórdido entre los poderes del Estado", según palabras de quien tan importantes contribuciones hizo al trabajo académico de CORDES, nuestro querido y recordado amigo Germánico Salgado, que tanta falta le hace a su Junta Directiva, pero sobre todo al Ecuador.

Las consecuencias económicas de la guerra del Alto Cenepa fueron onerosas para los dos países, particularmente para el nuestro. Cierta recuperación del crecimiento y la caída de la inflación, que en 1994 comenzaban a advertirse, involucionaron abruptamente, a lo que siguieron desestabilizadores conflictos políticos que han sumido al Ecuador en una grave crisis económica que ha empeorado paulatinamente cada año y que, en el presente ha llegado a un punto extremo. Las cifras son concluyentes. La inflación en Ecuador es 22 veces más alta que en Perú y la economía peruana -por haber crecido a un ritmo superior en 1998- la aventaja en 3.3 veces, asimetría que se acrecentará en el futuro si se tiene en cuenta que en 1999 el Producto Interno Bruto del Ecuador decrecerá en un 7%, sin que se adviertan señales de una próxima recuperación.

Siempre la economía peruana tuvo una mayor dimensión que la ecuatoriana. Nos alegra que Perú haya superado la crisis que sufrió en años pasados y que su pueblo mejore continuamente su bienestar. Mi preocupación es de otra naturaleza. Las cifras citadas son una prueba más de la dramá-

tica caída de la economía ecuatoriana y del atraso que está sufriendo nuestro país con relación a otros de América Latina, con los que hace quince años competía.

En el lapso de catorce años, entre 1981 y 1995, Ecuador y Perú tuvieron dos enfrentamientos bélicos y numerosos conflictos fronterizos menores, todos ellos producidos en la zona no delimitada. El riesgo de que se repitieran en el futuro y la posibilidad de que estallara una guerra generalizada llevaron a los gobiernos de los dos países a retomar las interrumpidas negociaciones de paz. Éstas, a diferencia de las anteriores, contaron con dos elementos nuevos que les permitieron culminar positivamente: la aceptación por parte del presidente Fujimori de la existencia del problema territorial y el reconocimiento de la vigencia del Protocolo de Río de Janeiro por el presidente Sixto Durán, valerosa decisión que la historia recogerá como el hecho que abrió las puertas de la paz, que tres años más tarde acordarían en Brasilia los presidentes Jamil Mahuad y Alberto Fujimori, el histórico 26 de octubre de 1998.

Un año después de firmada la paz, CORDES, una institución que siempre consideró a la solución del problema territorial como la principal política que debía perseguir el Ecuador, desea hacer un nuevo aporte al futuro de las relaciones ecuatoriano-peruanas con el seminario que el señor Ministro de Relaciones Exteriores inaugurará, al que hemos

invitado a acreditados especialistas para que nos hagan conocer lo que los dos países han hecho en los trescientos sesenta y cinco días transcurridos, para traducir en realidades los Acuerdos de Brasilia, a fin de que el proceso de cooperación e integración iniciado contribuya a consolidar una fructífera relación que permita a los pueblos de Ecuador y Perú satisfacer sus anhelos de progreso y superación.

# ECUADOR *y* PERÚ CONSTRUYENDO LA PAZ

